

y mientras Isabel tiene un magnífico sarcófago, sobre cuya losa yace una primorosísima estatua, no se ve ni el nombre siquiera de María en una sola piedra.

Nos hemos detenido ante la figura de María de Inglaterra, porque representa una tendencia muy natural en todos los períodos de revolucion, la tendencia reaccionaria. Y no fué esta reaccion privativa solo de Inglaterra; húbola, y espantosa, en todas las regiones del mundo. Papas como Paulo IV, Pio V y Sixto V; reinas como María de Inglaterra y Catalina de Médicis; reyes como Carlos IX de Francia y Felipe II de España; poderosos generales é innumerables y valiosísimos escritores la representan en toda la segunda mitad del siglo décimosexto. Por consiguiente, la reaccion se hallaba en la ley natural de las cosas como el afelio y perihelio de los astros, como la sistole y la diastole del corazon, como el círculo de las estaciones. Y siempre que una tendencia social se muestra, busca y halla una organizacion que la encarne, que la realice, que la cumpla. La revolucion se habia encarnado en la Iglesia de Zuinglio, en la Iglesia de Lutero, en la Iglesia de Calvino; la reaccion debia encarnarse á su vez, tomando cuerpo y organismo en Loyola y en los jesuitas.

CAPITULO II

COMIENZOS DE LA VIDA É HISTORIA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Hemos descrito en el capítulo anterior una importantísima parte de la reaccion religiosa, para que pudiera verse con toda claridad la tendencia, opuesta de suyo, á las tendencias de la revolucion. No podia trasformarse, no, por un solo conjuro y en un breve período ni el humano espíritu ni la sociedad, su complemento. Necesitábanse dias de reaccion como han tenido todas las grandes revoluciones sociales, así las artísticas como las filosóficas y las políticas. La conciencia humana tiene sus crecientes y sus menguantes como el astro de la noche; tiene sus flujos y sus reflujos como los océanos del planeta. Ninguna institucion histórica en el mundo ha caido sin una grande, y por cierto tiempo, incontrastable resistencia. Subid con el pensamiento á las edades mas apartadas y encontrareis en hechos múltiples la confirmacion secular de estas observaciones evidentes.

El Imperio romano se funda, y aun tiene aquel patriciado, que parecia tan débil, un Bruto, capaz de contener por algunos dias con el esfuerzo de su ánimo y el puñal de su cinto los decretos de la Providencia. El Imperio romano sucumbe á la irrupcion germánica en el siglo quinto; y aun se hallan, dentro de esta irrupcion misma, bárbaros como Ataulfo y Alarico y Odoacro y Teodorico y Carlo-Magno, los cuales sueñan, todos á una, con su restauracion imposible. El Pontificado cede, allá por el siglo décimotercio, en cuanto espira Inocencio III, la direccion del mundo al poder civil, y sin embargo, dentro de ese siglo, al terminarse, Bonifacio VIII surge, cuya tenacidad hubiera vencido á los monarcas del tiempo, si todas las reacciones históricas no

estuviesen condenadas por leyes incontrastables á una definitiva derrota. Se funda sobre la humillacion del feudalismo la monarquía moderna; y despues de reyes tan feroces como Pedro el Cruel, vienen reyes como Enrique el Bastardo consintiendo un retroceso al feudalismo derrotado. Y lo que sucede, por ley general de la vida, en la política, sucede á su vez en la filosofía y en el arte. Nunca el escolasticismo se recrudeció tanto como despues que Bacon llamara el espíritu al estudio de la naturaleza y Descartes al estudio de sí mismo. Los Cristos de Giunta da Pisa, pintados en las iglesias de Asís, representan la reaccion mosaista y litúrgica protestando contra las ideas del Renacimiento, las cuales brillan, como una deslumbradora alborada, en las cimas del arte, á saber, en las sienes del Giotto y sus discípulos. Como hay sombras en el día, y antinomias en el pensamiento, y combates en el corazón, y competencias en el comercio, y emulaciones en la guerra, y contradicciones en la electricidad, y luchas en todas las esferas, y dolor y muerte en la vida, y perplejidades en la voluntad, hay revoluciones y reacciones en la historia. El hombre, destinado por Dios á representar la reaccion religiosa en el mundo, se llama San Ignacio, y este valle deleitoso en que ahora nos hallamos fué su patria.

De antiguo las montañas del Norte y las costas del Mediodía tuvieron destinos bien diversos. Estas se abren al soplo de todos los vientos y al soplo de todas las ideas; aquellas se cierran como fortalezas elevadas por el tiempo para guardar y fortalecer las obras del tiempo mismo. Todo cuanto ha renovado la vida, viene por las playas del Mediterráneo, desde la religion de los apóstoles hasta la ciencia de los filósofos. El comercio fenicio entra por Cádiz y por Málaga; el espíritu helénico por Ibiza, por Rosas, por Sagunto, por Denia; el genio romano por Tarragona; el Cristianismo, como el mahometismo, venidos ambos de Africa, por Andalucía; y por Sevilla, y por Córdoba y por Granada las ciencias orientales, que tanta luz dieron á las frias y oscuras noches de los siglos medios. Como al bien se mezcla el mal siempre, por esas provincias vienen las conquistas, pero con las conquistas vienen tambien las metamorfosis progresivas, los adelantos humanos, aquellos dioses de Grecia que poblaban los escollos con luminosas inspiraciones, aquellos comerciantes de Tiro que traian con los productos del comercio las letras del

alfabeto, aquellos guerreros romanos que fundaban el derecho civil y el municipio democrático, aquellos predicadores católicos que competian en el Concilio de Elvira con los padres del Concilio de Nicea; aquellos matemáticos y naturalistas árabes que llevaban consigo la metafísica de Aristóteles, la astronomía de Tolomeo, la medicina, la química, la matemática de tan apartados siglos, produciendo este conjunto de ideas y esta mezcla de razas las regiones emprendedoras que nos trajeron al regazo nacional islas como Cerdeña y Sicilia, ciudades como Partenope y Palermo, llegando con sus pilotos valencianos y catalanes hasta el Asia Menor y con sus pilotos andaluces y extremeños hasta el descubrimiento de un nuevo planeta casi en la soledad de los mares.

Al revés las montañas del Norte. La resistencia social tiene su asiento propio en ellas. Doscientos años hacia de la conquista romana; y no estaban domados aun los cántabros y los vascos. Abrian aquellos los vientres de los barcos para sumergirse á una en las entrañas de los mares, antes que presentarse como testimonios de la victoria enemiga en la tierra del vencedor; y sepultaban estos las legiones imperiales é impedian que Augusto decretase desde las aras de Jano el reposo y la paz del Universo. Durante la Edad media, en sus cumbres, no sometidas á ningun pueblo extraño, comenzó la reconquista, por virtud de esa fuerte incontrastable tenacidad, rasgo distintivo del temperamento de sus montañeses. Las monarquías, ó fueron góticas, ó fueron patrimoniales, mientras quedaron aisladas en los desfiladeros de tan altos montes, destinados por Dios á inmortal seguro del viejo espíritu de los siglos. Mirad especialmente la tierra vascongada. El habla de los tiempos primitivos, habla perdida en el resto de Europa, se oye todavía en sus encrucijadas; las varias y diversas instituciones de la Edad media luchan todavía con la unidad española; el blason reluce con relieves magníficos en las casas solariegas, como la fe antigua en las almas de suyo religiosas; y siempre que lo pasado evoca el espíritu contenido en sus breñas, suscita como las nieblas de Escocia las legiones osiánicas, héroes y mártires, los cuales van á pelear sin esperanza y á sucumbir con resignacion por los dioses caidos y por las ideas muertas. ¿De qué region del planeta podia, por consiguiente, venir el promovedor de la reaccion religiosa? Las provincias vascas estaban destinadas á dar las milicias de lo pasado al mundo de la revolucion.

Estas milicias, naturalmente **habian** de ser en la esfera puramente religiosa milicias monásticas. Basta con **abrir** la historia del mundo y hojear sus páginas, para ver una competencia **perdurable** y furiosa entre la clerecía secular y la clerecía regular. Y basta una **sencilla** nocion de la historia eclesiástica, para persuadirse de que los monjes y **los** frailes han superado en ultramontanismo á los sacerdotes seculares de **la** Iglesia católica. El Papa encontró siempre una milicia sumisa en las **grandes** órdenes religiosas. Al caer la vieja sociedad, y fundarse la nueva, entre **aquellos** campos de batalla donde las irrupciones germánicas ejercitaban **sus** instintos de exterminio, devastándolo todo, para fundar la supremacía del **Pontificado**, necesaria entonces á la educacion del hombre, la órden de **San Benito**; en el siglo undécimo, para organizar esta supremacía pontificia y **llevarla** como una grande unidad viva, sobre los obstáculos imperiales y feudales, **al** seno de todas las naciones en reconstitucion, la órden de Cluni; en el **siglo** de las cruzadas, para sostener á Roma sobre las competencias entre los **reyes**, **los** nobles y los plebeyos, para bendecir las comunidades nacientes, para **guiar** las legiones errantes, para defender al Pontífice y reconocerlo como un **mediador** entre el Oriente y el Occidente cual á su vez lo era entre la tierra y el **Empíreo**, la órden de los templarios; en el siglo décimotercio, para **combatir** **la** revolucion religiosa naciente y para llevar la democracia cristiana en alas **de** la renovada fe al seno de la naciente democracia política, las órdenes de **los franciscanos** y de los dominicos; y en la mayor y mas tremenda ocasion que **han** visto los siglos, cuando Inglaterra y Escocia se apartan del seno de la **Iglesia** movidas por el ejemplo de Alemania, Dinamarca, Suecia, Suiza, cuando **Francia**, la primogénita del Papa, se divide en partidos formidables y **vacila** entre la revolucion y la reaccion, cuando la piadosa Navarra se **convierte** como en foco de las nuevas ideas y en los senos de Italia y España pululan **los** herejes, para producir un retroceso enorme contra esta enorme accion, la **órden** de los jesuitas.

Los tiempos, que á San Ignacio **engendraron**, fueron los tiempos últimos de la Edad media. El año anterior á **la** conquista de Granada y al descubrimiento del Nuevo Mundo fué el año **de** su natalicio. Estaban Isabel y Fernando en las granadinas vegas, **Colon** y sus pilotos en los ignorados mares, cuando yacia en la cuna, tierno y **débil** **niño**, el destinado por el cielo á recoger

y condensar los últimos crepúsculos del antiguo espíritu religioso. Nunca se juntaron tantas coincidencias históricas para producir un genio llamado á desempeñar especialísimo ministerio. El mundo de la Edad media se iba, con él se iba su espíritu católico. Y España necesitaba conservarlo, no solo para fortalecer su débil unidad política recién fundada, sino para llevar su ideal á los pueblos misteriosos é innumerables que surgian pegados al pecho de la naturaleza, en los senos del Nuevo Mundo. Cuantos espectáculos presenciara en sus mocedades Ignacio de Loyola, cuantos ejemplos viera, debian moverle á las supersticiones que produjeron la exaltacion tenaz de toda su existencia. Reinaba en España entonces Isabel la Católica, y junto á Isabel la Católica brillaban sus grandes confesores, no solo por la profundidad de su política, sino tambien por la exaltacion de su fe. Cuenta el P. Sigüenza, en su ingenua historia de la órden de San Jerónimo, que al ir la reina Isabel por primera vez á confesarse con Talavera, como no se arrodillara, segun la costumbre de aquellos tiempos en los reyes, díjole: «Señora, yo he de estar sentado y vuestra alteza de rodillas, porque este es el tribunal de Dios y hago aquí sus veces.» Junto á Talavera brilló Mendoza, quien, si de vida liviana y de costumbres ligerísimas, amator de dos hermosas mujeres y padre de muchos hijos, perteneció por su arrojo á los prelados guerreros de la Edad media y por su gusto á los prelados artistas del Renacimiento, mereciendo ver conducido con su propia mano, que puso la cruz en la Vela, el trabajo de la reconquista, ver comenzado el descubrimiento de América; y dormir en paz, entre coros de ángeles que todavía tocan sinfonías sin fin, al lado del Evangelio, en la capilla mayor de Toledo, dentro de un sepulcro iluminado por tantos iris celestiales y bendecido por tantas celestiales oraciones. Y entre todos, brillaba entonces el cardenal Jimenez de Cisneros, asceta y conoedor del mundo, contemplativo y ducho en la accion, austerísimo y amante de las bellas artes, rígido así en sus doctrinas como en sus obras y hábil en los disimulos cortesanos y en las sirtes políticas. El empeño religioso, en que principalmente Cisneros se distinguiera, fué la reforma de las órdenes monásticas. Habíanse trocado estas en impuras mancebías y asilos seguros de la relajacion y de la ignorancia. Propúsose reformarlas el cardenal, y encontró en esta reforma obstáculos insuperables lo mismo de parte de los cabildos seculares que de parte de las